



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60 Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde

CARAS BONITAS

"LA ARGELIA,"

Artista exquisita y guapa, que ha realizado una estupenda "tournee," por provincias. En breve debutará en Madrid esta gentil cupletista, que no tardará en colocarse en la primera fila de su género.

SUMARIO

ANTONIO DE LEZAMA
Sección vermouth.

EDUARDO ZAMACOIS
La herencia.

FELIX LIMENDOUX
El peinado de última hora.

JOSE JUAN CADENAS
Lili.

GEORGES MICHEL
El caballero.

FRANCISCO VILLAESPESA
¡Lucha!

LUIS ESTESO
E IGNACIO MUNOZ
«El señor catalán».

TOVAR, OTELO, PACO
MATEOS Y TINO

Varlos dibujos y retrato de
«La Argelia».

5 cénts.





SOBRE todas las inmensas catástrofes que despueblan, arruinan y llenan de tristeza al mundo, hay un sentimiento que todo lo domina y flota por cima de miserias, sangre y penas: el Amor.

El puede decirse que informa, cuantos heroísmo se realizan, y merced á él, los desgraciados que pelean esa guerra maldita y los sin ventura que en los terremotos de Italia perdieron sus más caros afectos, su hogar y el fruto de sus afanes, pueden mirar con esperanza un por-

venir que haga olvidar las negruras del presente.

Frecuentemente leemos en los telegramas que publica la prensa, los rasgos de abnegación y los amorosos cuidados que á heridos y prisioneros prestan las mujeres de todos los países, y recibimos como rayo de sol en invierno la noticia de esas hermosas actrices y de muchas profesionales del placer que rivalizan con las damas de acrisolada virtud y las modosas burguesitas en la caritativa misión de curar á los que caen en trincheras, ruinas y avanzadas, y en consolar á los que se ven privados, al mismo tiempo que de libertad, de la amarga satisfacción de luchar contra el enemigo de su raza.

¡Cuántos idillos han nacido en las salas de los hospitales y en torno de los campos de reconcentración de prisioneros!

No serán los generales victoriosos, ni las cancillerías, quienes impongan una paz duradera; será, como siempre ha ocurrido, el Amor el que prevalezca en estas contiendas, y el herido que torne á su patria sano y en libertad, y el que al recobrar su independencia vuelva á su país, llevarán, seguramente, como recuerdo indeleble la visión de una mujer solícita que restañó la sangre derramada y veló amoroza el sueño de su convalecencia.

¡Tal vez muchos dejen encadenado su albedrío, y quién sabe cuántos encuentren en la tierra enemiga una compañera que alegre el resto de su vida!

Un gran escritor, el primero de los cronistas españoles, Enrique Gómez Carrillo, pone oasis encantadores en sus descripciones de campos de batalla y hechos sangrientos al pintar con incomparable belleza los rasgos de ternura y delicadeza que prodigan en todas partes las mujeres, las santas mujeres.

Y es que, sentadas al borde de la cama, al arreglar el embozo de una sábana ó al dar las medicinas y el alimento á los que sufren, son un reflejo del hogar, de la madre, de la hermana, de la novia; porque

ARDOR BÉLICO



- ¿Por qué dirás que te amo con tanto fuego, prenda?
- ¿Por qué?
- Porque llevas el velo «encañonado».

ante el dolor desaparecen los odios, se borran las mayores diferencias, y con la compasión surge á veces el cariño y el amor.

Espiritus mezquinos y egoistas abominan de las enfermeras que se engalanan con albos tocados y estudian coquetonas vestiduras, ignorando, los menguados, que más aprovecha á un herido grave la presencia y asistencia de una mujer hermosa y atractiva, que las pócimas mejor preparadas y sabiamente dispuestas.]

¡Feliz quien, en el lecho de un hospital de sangre, es atendido por Ida Rubinstein con sus teatrales tocas, en vez de sufrir el trato indiferente y seco de una enfermera gazmoña! Con la salud es casi seguro que recobre la felicidad que proporciona el Amor.

Hace pocos días contaba Tedeschi en *El Imparcial* interesantes episodios acaecidos en Italia con ocasión de los terremotos, y, entre relatos de dolor y escenas trágicas, dos anécdotas confirmaban la supremacía del más humano de los sentimientos.

Decía Tedeschi que en los trabajos de salvamento realizados en Pescina por unos soldados para sacar de unas ruinas á una muchacha bajo ellas sepultada, el cabo que dirigía los esfuerzos de aquella gente, por dar aliento á la doncella, se le ocurrió

DEL BAILE DE AYER



(Si esto ocurre después de la primera copa y antes de la primera media noche, ¿qué ocurrirá después de la media noche?)

preguntarla si era guapa. La enterrada no contestó, y el soldado, en su chanza, la preguntó si se casaría con él, caso de salvarse. Con la firmeza de la desesperación, contestó la muchacha que sí, y momentos después, de entre aquellos paredones derruidos salía una mujer hermosísima desnuda que, al ver al cabo, le tendió su mano de novia.

REFLEXION FILIAL



—Pedazos de su alma dice la señorita que son... ¡Y pensar que yo reñí con mi Serafín porque me amenazó con «hacerme pedazos»!

Fué la otra aventura en Sora. Allí un sargento de bomberos encontró, en el fondo de una espantable grieta abierta por el terremoto, una joven de diez y ocho años, hermosa como un sol y sin más vestido que su rubia y desgreñada cabellera. No constató la niña en salir de su cautiverio hasta que una manta cubriese sus desnudos encantos y *un peine*, que fué á buscar el valiente bombero, desenredara un tanto su hermosa mata de pelo dorado.

Y al salir de aquella cima, el salvador y la victima mostraban en su rostro tal emoción, que el sacerdote que con un aspersorio y agua bendita esperaba la extracción de un cadáver, creyó más oportuna una bendición nupcial.

Porque sobre la guerra, á pesar de las más horribles catástrofes y como antídoto del odio y la ferocidad humana, hay una fuerza incontrastable que cierra heridas, consuela dolores y hace reconstruir hogares y patrias: el Amor.

ANTONIO DE LEZAMA

LA HERENCIA

Al atravesar la cocina, el pobre Juan Lucas sintió correr por su espalda un frío intenso, y parecióle que algo se retorcia dentro de su cuerpo: quiso andar y no pudo; su lengua articulaba trabajosamente, un temblor repentino agitación sus miembros. A los gritos del viejo acudió Pedro, su sobrino, que llegaba en aquel momento.

—¿Qué es esto, tío Juan? —preguntaba el mozo, inquieto.

—Na, hijo... un aire que *ma dao*... Soy hombre muerto...

Y no se engañaba. Durante cuarenta años de trabajo rudísimo, el tío Juan Lucas no padeció el amago de ninguna enfermedad: siempre vivió en su molino, entregado á sus duras faenas, batallando por la vida y venciendo; jamás sus velludos brazos de luchador sintieron la fatiga, ni sus riñones flaquearon bajo el peso de

MEDIDAS DE PRECAUCION



—A ver si ese bruto cree que, en vez de una mueca, le estoy indicando una medida.

los costales de trigo que echaba sobre sus hombros robustos; y reconociéndose así, tan fuerte de espíritu y tan medrado de cuerpo, Juan Lucas se había preguntado muchas veces:

—¿De qué moriré yo?...

Pero ya era imposible dudar; un aire sutil le había asesinado, y bajo la misteriosa acción de aquel golpe traidor, sus huesos desconjuntados se dislocaban provocando en las funciones viscerales mortal desconcierto; los tendones se relajaban, los músculos perdían su tonicidad, los brazos yacían inertes á lo largo del cuerpo, como colgajos pasivos...

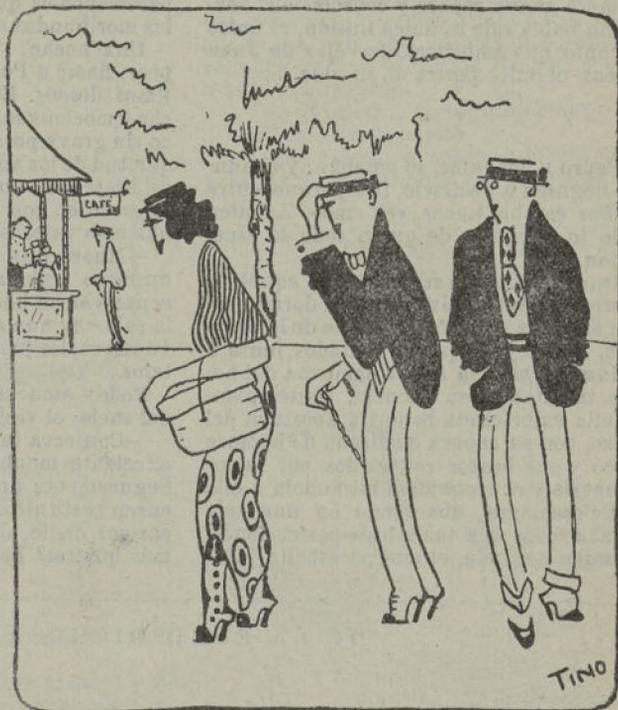
Durante largo rato Juan Lucas permaneció inmóvil, apoltronado entre los altos brazos del sillón canongil en que Pedro le había colocado, sintiendo que la parálisis trepaba como una oleada de muerte á lo largo de sus piernas inmóviles. El mozo, sentado junto á él, le inspeccionaba atentamente, con ojos taciturnos.

La agonía del viejo Lucas fué larga. Pasaba los días solo, entregado á sus mezquinas cavilaciones de labriego que ha visto muy poco, adormecido por el perenne somnífero traqueteo del molino y el murmullo del agua.

Desde el lecho, Juan Lucas divisaba á través de la ventana un pedazo de cielo y las copas de algunos álamos, y aquella pintoresca perspectiva reavivaba en su imaginación gratos recuerdos. Vea los extensos campos de trigo salpicados de amapolas y rizados por el viento, oscilando como un inmenso mantel dorado bajo el cielo azul; y á los tardos bueyes, uncidos á las carretas, con los húmedos hocicos pega-

dos al suelo, babeando á lo largo de los caminos; y á los perros vigilantes tendidos bajo el emparrado, delante del molino; y á las gallinas escarbando sobre la basura hacinada en los ángulos del corral. Rebasando en su memoria aquel reducido catálogo de remembranzas, el viejo Lucas reconstituía su historia, su monótona his-

DE LA RAMBLA



—Escolta, noy: no li toques el sesto á la dona...
—Está bé; pero yo creo que esta dona non tin res que romper en el sesto.

toria de hombre económico que sólo pensó en afanar dinero.

Pedro, su sobrino, era un muchacho juicioso que sabría conservar y acrecentar los bienes que de él recibiese. Su laboriosidad, por tanto, no había sido estéril: después de su muerte, todo seguiría como hasta allí... La cocina, con su amplia chimenea de campana y sus toscos sillones de enea; la sala, envuelta en una penumbra suave, con sus viejos muebles de caoba y

su ambiente húmedo de habitación mal soleada; y el reloj, un viejo reloj que había regulado el laborioso vivir de dos generaciones consecutivas, y cuyo minuterio fué para Juan Lucas el índice autoritario y todopoderoso que le gobernó diciéndole con implacable concisión: «Esto ha de ser...» Y luego el pobre inválido pensaba en Joaquina, una moza que estaba á su servicio desde hacia muchos años, y entre cuyos brazos su fatigado espíritu halló siempre suave reparo y consolación. Joaquina había sido la única ilusión, el único encanto que embelleció la vejez de Juan Lucas; el dulce postre de su vida...

Pedro y Joaquina se amaban, y si nunca llegaron á decirselo, fué porque entre ambos estaba Lucas, «el amo», á quien todo lo debían y de quien todo lo esperaban.

Durante las largas veladas de aquel invierno, mientras Juan Lucas dormía sobre su cama el sueño letárgico de la parálisis, Pedro y Joaquina, sentados junto á la lumbre bajo la ancha campana del hogar, meditaban en silencio; contemplando ella embelesada la jarifa apostura del mozo, con su cabeza cuadrada de hombre terco y sus brazos renegridos por la intemperie y el trabajo; él mirándola á ella codiciosamente, abarcando en una sola ojeada todas sus incitantes perfecciones: la nuca desnuda, el cuerpo esbelto y fir-

me, los pies menuditos, moviéndose con una especie de comezón nerviosa que daba en qué pensar...

Aquella situación, casi dolorosa, se prolongó durante varios meses. Cuando llegaba la hora de dormir, Pedro se levantaba bruscamente y salía de la habitación sin volver la cabeza, por no encontrarse con la mirada de Joaquina; y sin que mediase entre ellos concierto previo, ambos esperaban á que «el amo» desapareciese, pareciéndoles que las ofensas inferidas á los moribundos nunca alcanzan perdón.

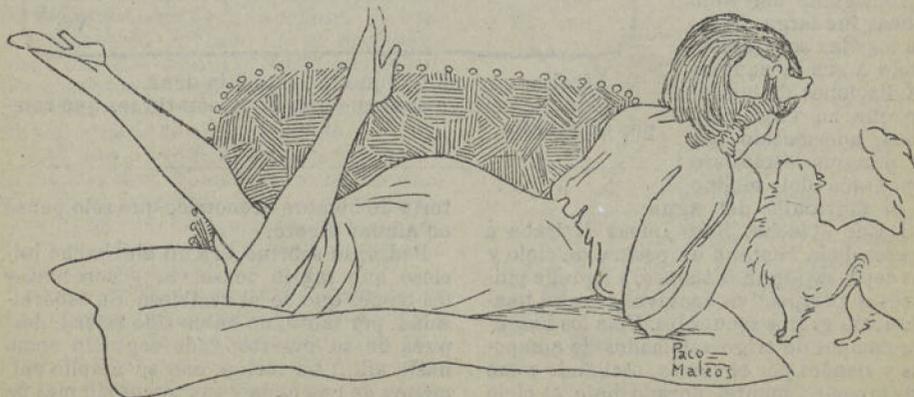
Una noche, Juan Lucas, sintiéndose peor, llamó á Pedro para confiarle sus últimos deseos. El mozo se aproximó al lecho emocionado, sin alegría, pero tampoco sin grave pesadumbre, con esa vaga inquietud de los amigos que se despiden para un viaje muy largo. Lucas hablaba trabajosamente, con el acento sereno de los hombres valerosos y resignados.

—Muero tranquilo —dijo— porque eres un mozo trabajador y honrado que sabrá conservar mi hacienda... En el armario de la sala hay una arquita que contiene nueve mil reales justos. Consérvalos y auméntalos...

Pedro escuchaba sin levantar los ojos del suelo; el viejo continuó:

—Conserva también á Joaquina; es una excelente muchacha, dócil, hacendosa... Seguramente no faltarán mozas que procuren sustituirla; pero no te dejes embaucar por nadie. Joaquina es buena... ¿qué más quieres? Es fiel y es guapa... y aun-

DE LA EDAD DICHOSA



—¡Ven aquí, encanto! ¡Yo no necesito juguetes, como las niñas del principal! ¡Yo con mi gatta tengo bastante!

SANOS CONSEJOS



—Si te pregunta el marqués, que es hombre muy duro de corazón, que por qué quieres hacerte maestra, dile que haces la carrera por necesidad, á ¡ver si así se ablanda algo.

que más adelante pienses casarte, no la despidas...

Recordando las horas de trabajo y de amor compartidas con su abnegada compañera, los ojos mortecinos de Juan Lucas se arrasaron en lágrimas de gratitud.

—¡Ha sido una segunda madre para mí! —murmuró—; créeme: esa mujer es lo mejor de mi herencia...

Aquella noche, Pedro y Joaquina, antes de separarse, se abrazaron; un abrazo fortísimo que prolongaba toda una vida de caricias.

A la mañana siguiente, el viejo Juan Lucas apareció muerto: había fallecido tranquilamente, sin un grito, sin una contorsión, como esos pajarillos que mueren sobre la nieve. Ante el cadáver «del amo» Pedro y Joaquina se contemplaron gozosos.

—¿Qué hacemos? —preguntó ella.

—Creo —repuso el mozo— que lo primero es encargar la caja. La caja... y una cama para nosotros.

Ella bajó los ojos, ruborizada y feliz.

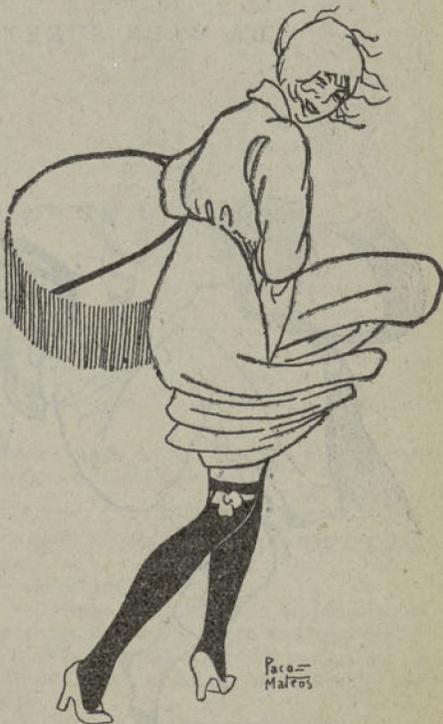
Momentos después, Pedro y Joaquina se dirigían al pueblo en un ligero carricoche de dos ruedas: el aire puro y frescachón de la mañana oreaba sus frentes; el sol desleía torrentes de luz en las inmensidades del cielo; entre el bosquejo, los encelados pajarillos se perseguían entonando al deleite vivir un himno armonioso; delante del vehículo, el caballo trotaba moviendo sus ancas poderosas, relinchando con ese relincho corto y fuerte de los potros que ventean la hembra...

—¿Me quieres?... —preguntó Pedro.

—Mucho —repuso ella.

Hablaban poco, y cada una de sus palabras expresaba largas y complejas cavila-

DIAS DE AIRE



—¿Qué miráis, pasmaos? ¡Cómo se conoce que en la vida las habéis visto más gordas!

ciones. El paisaje era hermoso y el placer de vivir muy intenso, para que ninguno de los dos amantes se acordase del muerto.

—Esta tarde — dijo Pedro —, el mismo hombre que lleve el ataúd al molino, puede llevarse nuestra cama, y así podremos dormir en la alcoba. El amo dormirá abajo, en la cocina, metido en su caja...

Ella se encogió de hombros.

—Y ya verás — agregó Pedro riendo —, qué bien dormimos todos, todos... ¡El y nosotros!...

EDUARDO ZAMACOIS

Próximamente,

Un día y una noche en Londres por Prudencio Iglesias Hermida

LA MALA SUERTE



Paco Malco

Ir por l'Ana y salir... por pies.

El peinado de última hora.

HABÍAMOS llegado ya á tener una relativa confianza.

Yo iba á su casa siempre que el deseo me empujaba hacia ella: un deseo contenido, hasta entonces, en los limites de una amistad deliciosamente expansiva.

Su doncella no me estorbaba jamás el paso, y yo llegaba siempre hasta las habitaciones interiores, sorprendiéndola á veces cuando menos podía ella imaginárselo.

Claro está que no me colaba de rondón en la alcoba, y que cuando encontraba la puerta de su gabinetito cerrada del todo ó ligeramente entornada, hacia notar mi presencia llamando con los nudillos.

—¿Es usted?... ¡Adelante!

Y empezaba «la sesión», como llamaba ella á mis visitas, por aquello de que siempre discutíamos el mismo asunto puesto en el *orden del día*, y por aquello de que nunca llegábamos á entendernos, exactamente igual que sucede dentro de nuestro moderno sistema parlamentario.

Más de una vez la sesión había llegado á ser borrascosa, y, aunque no hubo necesidad de despejar las tribunas, porque estábamos á solas, el presidente llegó á «cubrirse» en vista del giro que tomaba la discusión...

(El presidente era un Apolo en bronce sobre el cual colocaba yo mi sombrero cuando olvidaba dejarlo en el perchero del pasillo.)

Ayer llegué tarde; eran más de las nueve de la noche cuando me presenté en su casa.

Ella estaba en el tocador.

—¿Usted aquí y á estas horas? Me sorprende usted precisamente cuando me disponía á arreglarme el pelo.

—¿Va usted al teatro? Ya es tarde.

—No; no pienso salir de casa.

—Entonces, ¿á qué viene eso del peinado?

—¿A usted qué le importa?

—También tiene usted razón.

—Se mete usted siempre donde no le llaman, y va á ser preciso, de aquí en adelante, tirarle á usted de las riendas para que no se desboque.

—Gracias por el aviso, aunque no salgo muy bien librado como sujeto de la oración: me ha llamado usted potro bonitamente.

—Usted se tiene la culpa.

—Bien; pero ¿no me echa usted por eso?

—No, señor; tiene usted permiso para presenciar la operación.

Y comenzó á peinarse.

Cuando soltó aquella mata de pelo es pléndida que cayó en ondas de un negro brillante, sobre el blanco de la bata, tuve algo de alucinación; me hubiera de jado llevar del deseo de besarla si ella no me hubiese contenido con una mirada elocuentísima.

—Soséguese usted: le he adivinado la intención. Tiene usted que conformarse con presenciar el espectáculo desde su localidad. Bien mirado, no puede quejarse, porque, en realidad, ocupa usted butaca de preferencia. Y, además, ¡gratis!

—Quiere usted decir, pues, que soy de los del *tifus*... Me conformo, y por lo mismo me permitiré censurar, como todos los que van de balde al teatro.

Y seguía peinándose y humedeciendo el pelo con el pulverizador de la quina perfumada, cuya lluvia suave iba abriallando tenuemente su cabellera.

TEORÍA DARWINIANA



—Cada día me convengo más de que no hay el menor inconveniente para que descendamos del mono...

—¡Oh! No me explico que haya peñadoras.

—¿Por qué?

—Porque la figura de la mujer sentada entregando su pelo á otra que aparece detrás y en pie, tiene algo de repulsivo: recuerda la actitud del reo en manos del verdugo.

—¡Qué exagerado es usted!

—¡Oh! ¡No lo dude! Cuánto más airosa, más delicada, más soberbia, más interesante resulta así: dando elasticidades al cuerpo para llegar con el peine á la últi-

ma hebra de su cabellera, trezándola ella misma con esa ligereza encantadora de sus manecitas gráciles, enarcando los brazos en alto para anudar el pelo, como lo hace usted en este momento mismo... ¡Oh! ¡Es una monería!

— Gracias, amado pueblo.

Volví á sentir iguales impulsos de aco- metividad que diez minutos antes; pero volvió ella á contenerme esta vez pronun-

podía yo menos de entregarme á una serie de reflexiones todas relativas á aquel peinado tan intempestivo cuya finalidad no acertaba yo á entrever.

— ¿Qué está usted pensando? — me preguntó ella con una sonrisa maliciosa.

— Permitame usted que me lo calle.

— ¿Por qué?

— Porque lo que yo pienso... es una barbaridad.

— Pues cállesela usted, hijo.

— El caso es... que me da mucha envidia de no ser yo el que cometa esa barbaridad.

Después, apoyando una pierna en la silla que había ocupado, me preguntó sonriendo con toda la mala intención posible:

— ¿Qué tal estoy?

— ¡Por Dios, amiga mía!

— hube de contestarle—.

Esas cosas no se le preguntan á un hombre que va á tener que marcharse á la calle ahora mismo.

— ¡Y tan ahora mismo! Como que he jurado estar á las diez en la cama, y faltan dos minutos para que el martillo golpee la campana del reloj de la chimenea.

— ¡Ah! ¿Tiene usted que acostarse á hora fija?

— Ya sabe usted que soy muy metódica para todo.

— ¡Ya, ya! ¡Quiérase pu- diera también sujetarse á ese método!

— Nadie se lo impide;

puede irse á acostar ahora mismo.

— Pero ¿no me dice usted á qué obedece ese peinado á las diez de la noche?

— Ya creo habérselo dicho: para meterme en la cama. ¡Buenas noches!

Y dejó caer la cortina de la alcoba, cerrando después la puerta con llave.

¡Claro está que tuve que irme! Mi intimidad se estrellaba ante aquel tapiz, más espeso que los muros de Babilonia!

NEGOCIOS DE COMPROMISO



— ¿Verdá, señá Concha, que este negocio de usted no es tan sencillo como parece?

— Claro que no. ¡Como que hay que tener mucha pila!

elando la frase con intención y alargando a primera sílaba:

— ¡Soooo... siéguese usted, hombre!

Ahucaba con sus manos de nieve las dos bandas de pelo que caían sobre sus sienes; cogió el espejito de mano y se miró en él coquetonamente.

Entretanto yo la contemplaba con verdadero arrobamiento.

La encontraba hermosísima y seductora, como no la había visto nunca, y no podía dejar de contemplarla.

Al verla hacer todas aquellas operaciones con tanto esmero, poniendo en ellas un cuidado tan especial y recreándose al ver su obra completa reflejada en la reducida superficie del ovalado espejo, no

En la escalera me encontré á mi amigo el baroncito de Rivas.

¡También iba peinado primorosamente

Llevaba las guías del bigote recién rizadas.

Me hice el disimulado para que no notase que yo llevaba los pelos... ¡de punta!

FÉLIX LIMENDOUX

A CUERPO



—Pues yo, chico, no encuentro tan bonito el cuerpo de esta actriz.

Vamos, que ya lo quisieras tú para andar por casa.

LILÍ

Es elegante y discreta; sus señas particulares bien originales son: su flor es la violeta, come las fresas con éter y las ostras sin limón.

¿La conocéis? Se llamaba *Liboria*, pero este nombre no es el nombre que usa aquí; pues como no le gustaba, y era feo y ordinario, hoy se hace llamar *Lili*...

No se sabe cómo, un día en la Bolsa del pecado su nombre se cotizó... Fué un *valor nuevo* que había

aparecido en la plaza, y que no sé quién lanzó...

Como tiene algún talento, come bien y es elegante en el hablar y el vestir, desde aquel mismo momento tuvo cien proposiciones para poder elegir...

¡Cuántas veces, rodeada de amigos y admiradores en su propio tocador, lanzando una bocanada de humo de su cigarrillo, con descoco encantador nos ha expuesto las teorías que, como mujer galante, sabe en práctica poner para no hacer tonterías, ni enamorarse de un hombre como otras suelen hacer!...

El amor de los amores —nos decía— dura sólo lo que el perfume en la flor... Si ya marchitas las flores se arrojan, del mismo modo debe arrojarse al amor...

Una cita, una mirada, una cena y una noche de deleite singular... Después el hastío... nada... ¡Amor gozado, amor muerto que no ha de resucitar!

De este modo los dolores que el cariño proporciona, se evitan sin remisión... ¡Yo os lo aseguro, nada... ¡No hay nada tan doloroso como la separación!

Quando de esta suerte hablaba, yo creí ver en sus ojos una lágrima temblar... ¡Quién sabe si recordaba alguna horrible tragedia que nos quería ocultar!

¿La conocéis? Es discreta, y mundana, y elegante, y viste con distinción... Su flor es la violeta, come las fresas con éter y las ostras sin limón...

JOSÉ JUAN CADENAS

DEL CERCADO AJENO

..... LOS GRANDES CUENTISTAS

El caballero El gentil caballero acaba de llegar.

Vino sobre un soberbio caballo blanco, galopando, casi en el aire, en medio de una nube de polvo.

Su armadura brillaba al sol; la pluma de su casco flotaba al viento.

Se apeó ante la puerta del hotel, y á su vista, el corazón de Marinette palpitó emocionado.

¡Cómo le miraba el caballero con sus grandes ojos oscuros y abrasadores! El luengo bigote, las botas de cuero, el cinturón de seda, todo él llenaba de turbación á Marinette, que no acertaba á servirle, muy encarnada y con la vista baja.

Porque jamás se acercó tanto á ella un caballero tan gentil; jamás vió tan real el sueño de sus diez y siete años, rubios y puros, alegres y castos.

La tempestad obligó al caballero á pasar la noche en la hostería.

Le prometió cuidar de su caballo y condujo al señor á una vasta sala donde había un gran lecho antiguo.

Marinette quedó á su lado esperando órdenes.

¿Órdenes?

El comedor de la hostería estaba alumbrado únicamente por el fuego que ardía en el hogar.

Marinette, contemplándolo, temblaba, adosada al muro en un rincón.

El caballero estaba sentado en un taburete, con los pies arrimados á la lumbre.

Su bigote rubio centelleaba ante el fuego, su cara se teñía de rojo, sus ojos lanzaban llamaradas hipnóticas.

Hizo un signo á Marinette.

La niña se acercó á él temerosa.

El caballero la sentó en sus rodillas, sobre su gorgera de encajes, y la arropó con su magnífica capa de terciopelo granate y dorado.

Después la miró sonriendo.

La niña estaba á punto de llorar de miedo y de felicidad.

Dulcemente la levantó el caballero la cabeza y depositó sobre sus labios un largo y húmedo beso, que hizo todavía más dulce el cosquilleo del bigote.

La muchacha se abandonó al caballero y dejó que la llevase entre sus robustos brazos á la habitación inmediata, cuya blanda oscuridad ocultó sus pudores.

A la mañana siguiente, Marinette sonreía entre lágrimas con los brazos enlazados al cuello del caballero.

—¿Volverás?

—Volveré, vendré á buscarte y te llevaré á mi

SOLUCIÓN INCONGRUENTE



—Bueno! Tú prométeme que no lo volverás á hacer, y tú jura que te casarás con ella.

—Señor Damián: recapacite usted que no viene bien una cosa con otra.

castillo, alrededor del cual hay grandes bosques, jardines, parques con estanques, juegos de agua, cisnes y mil encantos que serán tuyos.

—¡Te amo!

La hora de partir llegó.

En la sala se oyeron besos furtivos.

Hubo luego un mudo apretón de manos y Marinette vió, durante un largo rato, cómo se alejaba el gentil caballero sobre su hermoso caballo blanco, que parecía galopar en el aire, en medio de una nube de polvo, mientras la bella armadura brillaba al sol y la pluma del casco flotaba al viento...

GEORGES MICHEL

¡LUCHA!

De la vida me lanzo en el combate sin que selle filiación alguna, y atrás no he de volver hasta que ate a mi triunfante carro de Fortuna. Contra mis enemigos terco y rudo esgrimiré en la lid, que no me apoca, por lanza mi razón, y como escudo, mi carácter más firme que una roca. Ni el desengaño pertinaz me arredra ni ante los golpes del dolor me humillo: ¡la estatua surge de la tosca piedra á fuerza de cincel y de martillo! ¡Combatir es vivir! La luz sublime entre las sombras de la noche crece: espada que en la lucha no se esgrime, encerrada en la funda se enmohece; mi razón en peligros no repara: ó subir á la cúspide consigo, ó muero sin volver atrás la cara... escupiendo en el rostro á mi enemigo. Ni la derrota en mi valor rehuyo; mas antes de rendirme fatigado... ¡me encerraré en la torre de mi orgullo y entre sus ruinas moriré aplastado!

FRANCISCO VILLAESPESA

Lea usted

Teatros y Salones

Revista Artística decenal.

Precio: 15 céntimos.

LA VIDA ARTÍSTICA



—Vamos, maridito, que el estrenar un sainete no es para ponerse así. ¡Bien se ve que es lo único que has estrenado en tu vida!

“El señor catalán,”

(Una escena del juguete cómico que con este título han estrenado recientemente en el Teatro Madrileño los aplaudidos artistas Luis Esteso é Ignacio Muñoz.)

GERVASIO. (Este señor llevará puesta una bota y una sandalia. Usa pera, y está calvo. Entra por primera izquierda. Pura, mutis, segunda izquierda.) — ¿Hay permiso?

DALIA. —Pase usted. Pura me acaba de revelar su triste situación.

G. —Mire, joven; no es jactancia: yo acabo de llegar á este Sanatorio acuático,

engañado como un hijo del Oriente. Supongo que usted sabrá que los de Oriente son los que llevan la trencilla colgando.

D.—Adelante.

G.—No; la llevan atrás.

D.—Pura me ha dicho que viene usted

PUNTUALIZANDO



—Insisto, chico, en que lo que te ha pasado con tu mujer no es, á mi juicio, una cosa del otro jueves.

—Es que yo sólo he dicho que es cosa del otro; lo del jueves lo añades tú...

á Flojilla de Abajo, y que va usted á Dos Velas.

G.—Sí, señora, esa era la idea; pero conste que si voy á Dos Velas, es porque ha fracasado estrepitosamente la compañía de teatro en que apuntaba.

D.—Ya lo sé.

G.—Bueno; yo apuntaba, aunque aquí,

donde usted me tiene, yo he sido barítono de verso. De esos barítonos que no cantan.

D.—A lo que llegamos, ¿verdad?

G.—Yo me he hecho más de seis *travesuras* de aquí á las Américas, y nadie me ha sacado, por el rastro, que soy de Granollers.

D.—Se ve que es usted artista.

G.—Y lo malo es que al descalabro dramático me han dado la dirección de este balneario bañístico y agüístico, sin contar conque aquí sólo vienen los inapetentes; ya ve usted qué traición.

D.—¡No sé por qué!

G.—Porque yo el apetito lo traigo de libre circunvalación.

D.—Todo se arreglará.

G.—Por más que mi ruina viene de la América. Cuando estuve en Caracas, me jugué mi fortuna al juego favorito del país.

D.—¿Y qué juego es ese?

G.—Muy sencillo: á cara ó cruz; y allí siempre salían caracas.

D.—¿Y usted se haría cruces?

G.—Por eso me lo perdí todo.

D.—Volverá usted á tener dinero.

G.—No me embolique.

D.—Si me da usted palabra de servirme de marido con decoro...

G.—*De coro* no me hable, porque yo he sido de verso.

D.—Es que yo también soy de teatro.

G.—Calla; á mi me ensombra que el rostro de la fisonomía del semblante de la cara de *voste't*, no me es desconegudo.

D.—Yo soy la Dalia.

G.—¿La Dalia? Si esa es mi santa favorita. Yo no voy á parte alguna sin *sandalia*. (*Enseñando la sandalia*.) Si á usted me la recuerdo yo del Paralelo.

D.—Necesito que, como compañeros, nos favorezcamos. Usted necesita comer.

G.—Lo llevo en la cara, ¿verdad?

D.—A la vista salta.

G.—A todo el que salta, le dan tres por uno; conque vengan cuatro *bistecks*.

D.—Yo necesito que sea usted mi esposo para una sola persona. Esa persona está al caer.

G.—¿Viaja en bicicleta?

D.—Se halla en el balneario. Es un joven que cree que estoy casada. Usted no tiene que hacer más que de marido celoso. Y si conseguimos que ese joven se interese definitivamente, le regalo á usted mil pesetas.

G.—Oiga, Dalia: con esta ropa no estoy muy presentable que digamos; de modo que si tiene por ahí alguna levita, algún

gabán de pieles, quien dice una bufanda, quien dice una sopa al cuarto de hora, la cuestión es que yo me vaya poniendo á tono.

D.—Inmediatamente. Pura, Pura... (*Sale Pura segunda izquierda.*) Dile al médico del establecimiento que te dé el chaleco café y el pantalón manteca.

G.—Pues no veo la tostada.

D.—Y el chaqué crudillo.

G.—Oiga, Pura, que me lo pasen á la plancha, porque á mi crudillo me hace daño.

PURA.—¡Pero qué don Gervasio más ocurrente! (*Se va primera izquierda.*)

D.—¿Cómo se llama usted?

G.—Gervasio Ripollés de Lovaina.

D.—Bien, señor Pollés...

G.—No; Ripollés de Lovaina.

D.—O don Gervasio; yo necesito un marido formal.

G.—Cuando yo me aferro en una cosa, soy de los que tienen dura la testa.

D.—Eso es lo que yo necesito: un testafarro.

G.—Mejor testafarro que yo, no se sueña. Pero la culpa de todo la tiene mi esposa.

D.—¿Es usted casado?

G.—Era; pero la dona que me tocó en suerte se me fugó con un tal Mariano Gas.

D.—¿Y qué hizo usted?

G.—Nada; porque me quitó el conocimiento aquella fuga de Gas.

D.—En esta ocasión le ruego que no pierda el conocimiento, y procure enfadarse á tiempo.

G.—Si usted necesita que me enfade, yo le prometo tomar un disgusto por minuto. Y si me lo permite, me haré el esposo... vamos, ¿cómo quiere que le diga?... el esposo que siempre está en la luna de la miel.

D.—Delante de gentes, sí; pero por detrás...

G.—Si á usted no le gusta, por detrás ni una sola caricia.

D.—Sin embargo, procure estar en esa miel que usted dice.

G.—Es que yo de la miel paso en seguida al arrope manchego.

Agentes exclusivos en Sud América

MASIP Y COMPAÑÍA

RIVADAVIA 698.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones «España» (S.A.)

EL ARTE

Academia de couplets.

Impostación de la voz.

Canto y declamación lírica.

Repertorio de Ópera y Zarzuela.

Se escriben couplets

ad hoc, del género que se deseen.

PRECIOS MODICOS

Jacometrezo, 80, entresueño derecha

Horas: de 10 á 1 de la mañana
y de 3 á 8 de la noche.

Agente exclusivo para los anuncios de LA HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

Lea usted "Teatros y Salones,,

LA INGLESA

Primera casa en gomas
higiénicas.

**MONTERA, 35, (Pasaje)
y VICTORIA, 3, Ortopedia.**

Catálogo gratis enviando sello.

Para toda clase de trabajos tipográficos, dirigirse á la

Imprenta de "Ediciones España,,

Paseo de las Delicias, 60.

Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas

La mujer en el amor y en la voluptuosidad.

Segunda edición, con adiciones complementarias.

TRATA ESTE LIBRO: La belleza femenina.—Los caracteres sexuales secundarios.—La belleza del movimiento.—La concepción artística del cuerpo femenino.—El desnudo femenino.—Los encantos naturales y los encantos artificiales. Caracteres diversos de las diferentes bellezas europeas.—La virginidad y la iniciación.—La mujer en el amor.—La necesidad de amar.—La degradación del amor.—Qué ama y cómo ama la mujer.—La mujer en las relaciones sexuales.—El amor natural.—Las exaltaciones y depravaciones.—Conclusiones.

Ilustran este tomo 22 fotografías en bicolor, escrupulosamente tiradas.

Volumen de 250 páginas, en muy buen papel, elegante impresión, tamaño 12 por 18 centímetros.

Cuatro pesetas el tomo.

—Este libro se vende en todas las librerías, centros de suscripciones y kioskos de España y América. También se enviará franco de portes y certificado, remitiendo 4'25 pesetas en cualquier forma de fácil cobro ó en sellos de franqueo de España, dirigiéndose á la casa editorial de

B. Bauzá. Aribau, 175, Barcelona.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídense gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Antes, EN EL LECHO CONYUGAL y después!

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.) Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones masculina y femenina, etcétera); precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó aniquilen el poder genital, conservándose siempre la virilidad y potencia de la juventud más robusta. Es pues, este libro una verdadera guía para el hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos de la relación sexual, considerando su placer y detallando las aberraciones del instinto genital, hijas de la lascivia y el libertinaje. **3 pesetas.** Buenas librerías de España.—En Madrid, Fé, San Martín, Puerta del Sol. Se remite por correo certificado, enviando 3 pesetas por Giro postal á *Archivo*. Apartado 432, Madrid.

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casados).—Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 255 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por cinco pesetas en Giro postal, mutuo ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por cinco francos ó un dollar.—Los pedidos, con su importe, diríjanse únicamente á *Antonio Ros, librero, Jacometrezo, 80, 4.º derecha, Madrid* (Casa fundada en 1896).—*Biblioteca privada.*—Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,50 ptas.]